

“Pelambre” sin Mate a Tres Voces

Por JOSE DONOSO

JOSE SANTOS González Vera, escritor, conversador de los que también saben escuchar, coleccionista de ágatas y de oficios extraños —ha ejercido, entre otros, los siguientes—: encuadernador, peluquero, cobrador de tranvías, lustrador de zapatos, peletero, secretario de una sociedad de carniceros, pero sobre todo escritor insigne—, acaba de publicar uno de esos pequeños volúmenes tan llenos de humor, tan apretados de prosa aguda y minuciosa como las obras que le merecieron el Premio Nacional de Literatura de 1950: “La Copia y otros Originales”. Son veintitún relatos breves, cada uno dedicado a un amigo o amiga.

El libro lleva un apéndice, que si bien no es extraño para los que conocen al personaje, es característicamente idiosincrático: “Sobre el autor” es un curriculum vitae de José Santos González Vera. Pero este breve apéndice es totalmente distinto a las “vidas” que los autores suelen agregar a sus obras, en que siempre exhiben serios elogios de amigos y críticos como los salvajes muestran los cueros cabelludos que han traído como trofeos de las batallas.

“La copia”

Los relatos que integran “La Copia y otros originales” son relatos muy breves, que no podrían llamarse cuentos en el sentido tradicional. No hay nudo, ni desenlace, casi no hay “argumento” y personajes como tales, con vida propia, con características psicológicas y una problemática trabajada, no existen. Al autor no le interesa; su obra no está enfocada hacia eso. En cambio, todos los seres que presenta, las situaciones y los lugares, están como en suspensión, como flotando en y rodeados por el líquido irónico de su prosa característica, que es lo que les da vida y movimiento.

En “Ladrón de Mediodía” (dedicado a Pedro Prado, y donde el escritor aparece como personaje), un ladrón entra a la casa de un señor para robar a la hora de la siesta. El señor con su hijo lo sorprenden, y una y otra vez lo botan en una pequeña fuente. El ladrón se siente vejado, y cuando el carabiniere lo interroga, responde: “Mi carabiniere; lo que yo tengo que decir es que ésta no es una casa seria”, y se miró las mojaduras.

Nada más. En “Sensible Expropiador”, un carterista roba una billetera en un tranvía. La víctima lo persigue tranquilamente, y sólo con la fuerza de la mirada, sin gritos ni carreras ni aspavientos, logra reducir al ladrón, que le devuelve la cartera. Cada uno de los relatos no es más que esto: un incidente, siempre mínimo, relatado con gracia. Pero la gracia no es sólo gracia. Es en ella donde se encuentra la profundidad típica de González Vera. Hemingway comparó una vez lo que debía ser un cuento con un iceberg: sólo una pequeñísima parte del bloque de hielo se asoma

fuera del agua; la gran masa, lo que lo mantiene flotando y lo que lo hace temible es la cantidad de hielo que se extiende por millas ocultas por el agua. En González Vera la gracia es lo que se ve. Debajo, se extiende su gran cualidad de escritor, su comprensión, su compasión por el ser humano y las situaciones en que se encuentra.

El hecho no catalogado

También en la nota final “Sobre el autor” se lee: “Sus personajes suelen tener una leve extravagancia. Lo que más le apasiona es descubrir



INVITADO AUSENTE
El escritor José Santos
González Vera.

el acto único, el hecho todavía no catalogado por la imprenta”. González Vera también es un ser un poco singular, como algunos de sus personajes. Se le puede ver caminar, con su boina vasca en la cabeza y con la vista clavada en la arena, paseando por las playas de Isla Negra, buscando ágatas, de las que tiene una envidiable colección. No es su única singularidad. Al acercarse un periodista para solicitar una entrevista, con toda amabilidad y simpatía lo rechaza. Dice:

—Puede escribir lo que quiera sobre mi libro, y se lo agradezco. Pero lo que yo pueda decir sobre lo que escribo no tiene el interés de lo que digan los demás. Además, he logrado durante siete años mantenerme lejos de la publi-

cidad directa. Le ruego que me comprenda y que no se enoje...

En vista de lo cual, no quedó otra alternativa que reunir a tres grandes amigos de González Vera y pedirles que durante un rato se reunieran para pelar al autor de “Vidas Mínimas”, “Alhué” y “La Copia”. Para qué decir que los escritores a que se les pidió accedieron inmediatamente, ya que uno de los más importantes subproductos de la literatura es el pelambre. Sergio Atria, jubilado de CONDECOR, y amigo de González Vera desde primer año de humanidades, está dedicado a escribir una biografía de su amigo. Enrique Espinoza, escritor argentino vecindado en Chile... ensayista literario y ex director de la revista “Babel”, es el constante compañero de González Vera; el Boswell del doctor Johnson criollo. Manuel Rojas, por último, también Premio Nacional, y compañero de andanzas de Atria y de González Vera desde la mocedad, también acudió feliz a la cita para “pelar” al amigo.

Imaginación y frialdad

La primera pregunta fue dirigida a Manuel Rojas, pidiéndole que hablara de la obra de su amigo. Dijo Rojas:

—No he leído este libro. Yo vivo mucho al lado de González Vera, lo veo todo el tiempo y conversamos mucho. Es un gran charlador, y cuenta todo lo que va a escribir una y otra vez. Cada vez lo modifica, partiendo desde algún incidente, desde algún caso que escuchó por ahí, y cada vez que lo cuenta va agregando observaciones hasta que queda perfecto, casi un cuento.

A lo que Atria agregó: —Claro, lo que vale en González Vera no es la anécdota, sino las reflexiones con que la rodea. El no inventa nada; todo se lo han contado o le pasa. Yo siempre le he dicho que no tiene imaginación. Con esta técnica sería difícil que escribiera una novela, por ejemplo...

Espinoza no estuvo de acuerdo:

—A mí me parece que la imaginación no consiste exclusivamente en recrear. Hay otra imaginación, la imaginación que significa el enfoque que descubre en situaciones aparentemente banales, motivos de construcción, ordenación, transformación. Lo que es más, yo no lo encuentro un fotógrafo frío de la realidad, como algunos dicen por ahí; pone en ridículo, claro, y es corrosivo, pero tiene un gran calor humano en su amor por los humildes, sobre todo. Que esto se manifiesta en una actitud irónica es otra cosa... y nadie puede negar su respeto por las personas...

Atria aclaró el punto: —Cuando estaba escribiendo “Cuando Era Muchacho”, hizo una semblanza mía. Antes de publicarla me la mandó con una nota que decía que me daba completa libertad para suprimir lo que yo quisiera.

El artista adolescente

Atria habló de su amistad con González Vera:

—Eramos compañeros en primer año de Humanidades. Pero lo expulsaron entonces del colegio porque se negaba a estudiar caligrafía, dibujo y a hacer gimnasia. Se estableció entre nosotros una simpatía en los recreos, y cuando dos años más tarde nos encontramos en la calle —él tendría unos quince años— me invitó a reunirme con él en el Parque Forestal, donde se juntaba con varios amigos más con aficiones literarias. Acudí allí, y González Vera sacaba del bolsillo unos papeles arrugados y manchados, y nos leía lo que había escrito. Eran los primeros esbozos del “Conventillo”. Estas reuniones en el Parque Forestal se convirtieron en una especie de Ateneo al aire libre. Me dijo: “Quiero presentarte a mi gran amigo”, señalando a un muchacho moreno y grandote que



LOS “TRES PELADORES” DE GONZALEZ VERA
Sergio Atria, Manuel Rojas y Enrique Espinoza.

se estaba lavando el pelo en una de las acequias del parque. Cuando se incorporó me dijo González Vera: “Este es Manuel Rojas”, con quien, desde entonces me ha unido una gran amistad.

“Después se fue a vivir en un conventillo de la calle Dardignac. Cuando está González Vera presente, siempre se producen reuniones literarias y en su pieza de conventillo fue igual. Yo llevaba pan y queso robado de mi casa, los demás amigos robaban lo que podían en las de ellos y los que podían compraban algo, y acudíamos al conventillo para que González Vera nos leyera lo que iba escribiendo. Fundamos el club de Los Cansados de la Vida (teníamos entre 16 y 20 años). Se hablaba sólo de literatura, todo lo demás estaba proscrito —mujeres, juegos, paseos—. Para entrar en nuestro grupo, era necesario pasar por una ceremonia de iniciación. El primero que quiso entrar fue Rojas Jiménez, y dispusimos el ritual. Dejamos a Rojas Jiménez solo en un cuarto a oscuras, con una caja de fósforos con un solo fósforo. Al encenderlo, no debía gritar ni llorar por lo que veía (una calavera y un brazo que yo había traído de la Escuela de Medicina donde entonces estudiaba), y si lograba controlar su terror ante estos objetos, era uno de los nuestros. Rojas Jiménez no se atrevió a prender el fósforo y comenzó a gritar. No quedó iniciado, se disolvió el grupo y botamos el brazo de muerto en el parque, dando origen a una cantidad de artículos sobre desuartizamientos en la prensa amarilla de entonces”.

Contando chauchas

Manuel Rojas continuó:

—Yo lo conocí en un centro de estudios sociales donde los anarquistas se reunían para darse grandes latas mutuas, y luego nos reuníamos en un círculo literario en San Diego con Victoria, que se llamaba el Club de los Siete. Queríamos publicar una revista, pero como no teníamos plata, González Vera la copió a mano y así circuló en dos manuscritos.

Espinoza dijo:

—Fue Manuel Rojas el que dijo, poco después, que el estilo literario de González Vera era como contar chauchas, esto sin mala intención. Y tiene razón. Todo lo que le gusta a González Vera es pequeñísimo, mínimo. Si yo le regalara una fortuna lo haría en chauchas... una pieza llena de chauchas. González Vera no tiene igual en Hispanoamericana, especialmente por el humorismo que va tan unido a su prosa. Lo acerca algo a Chejov —tal vez también algo a Thornton Wilder, y a un judío alemán llamado Schlem Aleijem. Siento también que tiene algo parecido a Sherwood Anderson y a Azorín. También, por la claridad y precisión de su prosa a W. H. Hudson, a quien sé que leyó mucho.